

admirable y radiosa expresión de fe y sublime confianza; con los ojos clavados en el cielo, rezaba con fervor, según lo indicaba claramente el suave movimiento de sus finos labios.

—Vamos,—dijo al acabar su plegaria;—¡ya soy fuerte y poderoso!

IX

Los dos ancianos salieron de aquel aposento, que poco antes iba á ser teatro de un crimen, y bajaron al cuarto ocupado por David y su familia.

Ursula y Lidia trabajaban en sus flores desde muy temprano.

David se quitó las galas que se había puesto para darse á conocer al armador, y se puso su raído y ordinario traje.

¡Oh, amigo mío! ¿Qué vas á hacer?—exclamó Andrade que no podía adivinar su intento.

—Voy,—contestó el anciano con la más perfecta naturalidad,—á implorar la caridad pública para salvar á Carlos.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Es ese el medio de que me hablabas?

—Sí.

—¡Pero yo no puedo admitirlo! ¡Eso es degradante para tí!

—Redimir al cautivo es una de las obras de misericordia, y, practicándolas, obedecemos uno de los más admirables preceptos de nuestra santa religión.

—¡Pues bien!—exclamó con resolución el armador;—ya que es preciso pedir limosna para salvar á mi hijo, seré yo quien la pida.

—No, por cierto, seré yo.

—¡Pero eso es imposible!

—No hay tal cosa; es más imposible que el jefe de la casa Andrade, que aún tiene un crédito inmenso, implore la caridad pública. Además, en tu boca el nombre de Dios no conmoverá á nadie.

—¡Ay de mí! ¿Conque no puedo ni aun salvar á mi hijo?

—Ese es el castigo que Dios impone á tu ingratitude para con El.

—¡Castigo bien duro!

—Resígnate á él, y su justicia reemplazará su bondad; ahora ponte detrás de los cristales y observa.

David buscó una bandejilla negra con florecitas de colores que poco antes había comprado Ursula con el producto de su trabajo, y se dispuso á salir, diciendo antes á sus hijas.

—Resad para que Dios me ayude.

Madre é hija dejaron su labor y se arrodia-

llaron delante del Crucifijo.

Te ofrezco, ¡oh, Santísimo Jesus! trabajar una noche entera para poder ofrecerte muchas luces si no desamparas á mi padre.—dijo Ursula á media voz.

—Te ofrezco, ¡Oh, Dios mío! todas las flores de mi maceta,—añadió Lidia.

David salió entonces, seguido del armador, que estaba pálido de angustia, y volviendo la calle se colocó en la esquina que daba frente á la especiería de doña Ramona.

Entonces, aquel hombre sublime, con su bandeja en la mano, dijo con voz alta y solemne á dos caballeros que pasaban:

—Una limosna, por amor de Dios, para redimir á un cautivo.

Uno de ellos se detuvo; aquel modo de solicitar la caridad era desconocido hasta entonces.

—¿Para un cautivo?—preguntó al anciano.

—Sí, señor,—respondió éste.

—¿Quié es?

—Carlos de Andrade.

—¿Cómo!—exclamó el caballero,—¿el hijo de la opulenta casa de Andrade es el cautivo?

—Cautivo de un pirata.

—Pero, y su padre. ¿por qué no le rescata?

—Ha sido robada su caja esta noche.

El caballero sacó de su cartera un paquete de billetes de banco, y dejó en la bandeja dos de mil reales

—¡Dios os lo pague á usted!—Dijo Simón David.

Dos damas siguieron á los dos caballeros.

—¡Para Carlos Andrade, cautivo en la costa del Río Colorado, de un pirata,—dijo el anciano,—por el amor de Dios!

Una de las damas, la de más edad, se acercó á David; se informó de las desgracias de la casa del armador, y puso en la bandeja dos ricas sortijas que sacó de su dedo anular.

La otra dama depositó en ella su reloj y su cadena de oro.

—Para Carlos de Andrade, cautivo de un pirata cerca de la Jamáica,—repetía el anciano á cada nuevo transeunte que doblaba la esquina.

Y la bandeja se iba llenando tanto de oro, billetes y joyas, que apenas podían sostenerla las manos del anciano.

¡Una mesa aquí, pronto!—dijo á media voz y dirigiéndose al sitio en que se hallaba inmóvil y palpitando de emoción y gratitud el armador.

Instantaneamente fue colocada á la espalda de David una mesa con un tapete de seda.

El anciano desocupó sobre ella la bandeja y continuó su piadosa tarea.

Aquel hombre de cabellos blancos que pedía por el amor de Dios para redimir al cautivo conmovía profundamente á todos cuantos pasaban, y la doble noticia del cautiverio de Carlos y del robo de la caja de su padre se extendió bien pronto por toda la ciudad.

Carolina, enterada por doña Pelagia de lo que ocurría, voló al lado de su padre, al que

abrazó derramando copioso llanto; luego, y por efecto de la alegría natural de su carácter, pensó en los medios de llegar á conseguir en pocas horas un resultado satisfactorio, con una prudencia y un aplomo muy superiores á su edad.

—Padre mío, —dijo,— es necesario colocar peticionarios á las puertas de las iglesias más concurridas, por ejemplo, de San Jaime y de Santa María del Mar.

—¡Ah, hija mía!—exclamó dolorosamente el armador:—no tengo ningun amigo que consienta en hacerme tan inmenso favor, porque la abnegación y generosidad de David son muy raras en el mundo. Pero,—añadió el armador,—¿donde están tu madre y tu hermana?

—En casa llorando, padre mío.

—¡Ah, tu pobre madre,—exclamó el armador;—Yo he comprometido todo su dote en especulaciones arriesgadas; tengo sobre mí la vergüenza de haberla dejado pobre!

—De eso se lamenta, padre mío.

—Y tiene razón,—repuso el armador con gran asombro de su hija, que, conociendo el carácter iracundo de su padre, reflexionó, aunque tarde, en aquellas palabras de su madre.

Pero, ¡cual fue su sorpresa al ver que en vez de enfurecerse dejaba correr abundantes lágrimas por sus mejillas!

Tampoco acostumbrada se hallaba á ver enternecido aquel hombre de hierro, que su llanto corrió con mayor abundancia.

Sin embargo, la niña fué la primera que recobró la fortaleza tan necesaria en aquella ocasión; volvió á abrazar á su padre, y luego le dijo con su dulce y persuasiva voz:

—Vamos...valor, padre mío, y déjame que haga algo por mi hermano,

—¿Y qué quieres hacer tú, pobre hija mía?

—Yo seré quien pida para su rescate en la puerta de san Jaime; justamente es domingo, y á la hora en que las gentes van á misa, pediré...

—¡Tú pedir!

—Pedir por el amor de Dios y por la libertad de un hermano, no ha de rebajarme nada, mi querido padre; conque está convenido; pero antes de ponerme mi vestido negro, debo decirte que cuento con otro peticionario, ó más bien, peticionaria, para Santa María.

—¿Cómo!

—¡Sí!

—¿Y quién es?

—Lidia.

—¿Quién! ¿La nieta de David?

—Yo no le conozco más que por el tío Benito; pero su nieta es con quien cuento; ¡es tan bonita! parece un ángel y excitará, sin duda, la caridad con su dulce voz de querubín; yo le prestaré uno de mis vestidos negros, y se situará á la puerta de Santa María.

En efecto, una hora escasa había pasado cuando las dos bellas niñas se hallaban á las puertas de sus respectivas iglesias, sentada cada una delante de una mesa cubierta con un

tapete, sobre el cual había una bandeja.

Eran las once de la mañana, y por consiguiente, la hora en que acude más gente á las iglesias, y bien pronto las bandejas de las dos lindas jóvenes mostraron una gran cantidad de dinero y algunas joyas.

Nadie que haya estado en Cataluña puede negar el sentimiento religioso y caritativo que anima á sus hijos, el espíritu de cariñosa fraternidad que los une, y la extrema generosidad y galantería que los distingue.

La noticia del cautiverio de Carlos y la del robo de que su padre había sido víctima en la noche anterior, continuaron esparciéndose con la rapidez del rayo; nadie pensó en operaciones comerciales, porque el espíritu mercantil, que es indudablemente el que domina en aquella provincia rica y laboriosa, cede siempre el puesto á la caridad y á la compasión sobre la desgracia de sus hermanos.

Sólo se hablaba de salvar aquella casa respetable de la inminente ruina que le amenazaba, y los donativos más cuantiosos caían en las bandejas, y sobre todo, en la de Carolina á quien toda la ciudad conocía como hermana del cautivo é hija del armador.

A las dos de la tarde se había reunido algo más de la suma necesaria para el rescate de Carlos, cuando un acontecimiento inesperado vino á aumentar la importancia de los donativos.

Ya estaban todos en la mesa común ó sea la que se hallaba en el patio de la casa de Andra-

de y ya se iba á serrar la puerta en señal de luto, para no abrirla hasta el regreso de Carlos, cuando doña Ramona llegó jadeante y sofocada.

—¿Qué es lo que me han contado?—exclamó echándose á la espalda su ancha mantilla.—¿Qué don Carlos ha sido cogido prisionero por un barco pirata?

Esa es la triste verdad, señora,—respondió el armador, que, en pie, vestido de negro y con la cabeza descubierta, daba gracias con lágrimas en los ojos, á algunos ricos comerciantes que acababan de depositar crecidas sumas en la mesa.

—¿Y es verdad también que le han robado á usted, señor Andrade?

—Todo cuanto tenía en caja, doña Ramona.

—¿Y no está avisada la justicia?

—Sí, señora; ya se persigue al ladrón.

—Señor Andre, dos palabras,—dijo la gruesa especiera llevándose aparte al armador.

Luego que ambos estuvieron en sitio donde nadie les podía oír, doña Ramona sacó de su bolsillo un grueso paquete y lo entregó el armador.—Vecino,—dijo,—ahí van diez mil duros, que hoy iba á emplear en comprar unos terrenos; yo sé lo que es comercio y sé también que si le han limpiado la caja, de algo le servirán; con que tómelos usted, que ya me los devolverá cuando pueda.

—¡Y dudaba yo de la generosidad ajena!—exclamó con voz ahogada por la emoción el anciano.

—Eso era porque usted peca poco de generoso, —repuso doña Ramona, que era muy brusca.

—Es verdad.

—¡Y tanto! Pero vamos, tome usted esta cantidad

—Si no sé cuando podré devolver á usted esta cantidad, vecina!—dijo Andrade.

—También hay un medio para que no me la tenga usted que devolver nunca.

—¿Un medio?

Sí.

¿Y cual es?

—¡Caramba! No me atrevo á decirse-lo á usted, porque como tiene ese genio....

—¡Ah, doña Ramona!—exclamó el armador. —Mi genio y mi corazón han cambiado mucho, á Dios gracias.

—Pues le voy á decir el medio de que se guarde en su casa ese dinero.

—Deseo saberlo, aunque no crea usted que sea porque deseo no devolvérselo.

—Lo supongo, pero vamos, que no le sabrá á usted mal; pues amigo mío, si deja V. casar á su hijo, cuando vuelva con la nieta del zapatero doto á la niña con esa cantidad: así como así, no tengo hijos ni parientes y puedo hacer de mi dinero lo que se me antoje, sin perjudicar á nadie.

—Pero señora, ¿y si los chicos no se quieren?

—¿Qué no se quieren? Les he visto yo hecharse unas miradas...que ya ya.

—Carlos se casará con esa joven si la ama realmente y yo devolveré á usted su dinero,—dijo Andrade, con una nobleza de que él mismo no se hubiere creído capaz el día anterior.

—¡Bah, bah! Eso será lo que tase un sastre, dijo doña Ramona alejándose muy contenta.

—¡Señor, Dios mío!—exclamó el armador, alzando al cielo los ojos y las manos. Yo te adoro, creo en tí y te admiro como lo más grande, bueno y misericordioso que he conocido. Porque yo te conozco ya ¡oh, Dios mío! ¡Yo te conozco. De eso nace la dulce y benéfica esperanza que ha brotado de mi corazón. De eso la grata quietud que ha reemplazado á mis agitaciones anteriores. De eso el bienestar que experimento. ¡Oh Señor! ¡Salva á mi hijo y emplearé el resto de mi vida en obras de caridad y en consolar á los que padecen, y una parte de mi fortuna en redimir á los cautivos!

X

Pasemos de un salto, lectores míos, bajo el cielo azul y abillantado de Jamáica, al país de las serpientes, de los pájaros de pintados plu-

majes y del sofocante calor y penetremos en el palacio del gobernador lord G., antiguo amigo de Simón David.

Era una residencia fresca, graciosa, encantadora; un edificio blanco, con vidrios de colores, que durante el día estaban cubiertos, para preservar á sus habitantes del calor, con dobles persianas verdes.

Como las cuatro de la tarde serían cuando Milady y sus dos hijas se hallaban en un lindo saloncito estucado de blanco y que semejaba mucho al mármol

Una sonora fuente saltaba en el centro, rociando con una lluvia las flores que brotaron en un pilón de piedra blanca, que figuraba una enorme concha.

Sillas de bambú ligeras, cómodas y elegantes rodeaban la estancia y junto á cada ventana se veían dos sillones de brazos, también de bambú, para mecerse indolentemente, según la costumbre de los americanos.

Algunos cajones, pintados de encarnado, con pie de bronce, se veían colocados en los extremos de la habitación y llenos de preciosas flores inodoras de colores vivos y brillantes.

Era la esposa del gobernador una dama que podría contar treinta y ocho años: un rico traje de seda señalaba los contornos finos y bellos desu talle y sus largos cabellos rubios estaban rizados á la inglesa en menudos tirabuzones.

Sus dos hijas Fanny y Virginia, la acompañaban ocupándose en bordar ambas en un mismo bastidor.

Eran dos lindas jóvenes de diez y ocho á veinte años, rubia la una como su madre y la otra morena como lord G...

Una negrita de doce á catorce años, en pie, junto al sillón de Milady, le daba aire con un gran abanico de plumas de lucientes colores.

Era aquella criatura muy bella en su clase; una camisa encarnada de mangas cortas y una falda, corta también, de cuadros muy vivos, componían todo su traje y dejaban ver ó adivinar su bien formado cuerpo.

Llevaba un collar de granos de cristal azul, bastante gruesos y su cabeza fina y lanuda tenía cierto sello de gracia, muy poco común en semejante raza,

Francisca, que así se llamaba, demostraba mucho afán porque se la llamase Fanny como á la señorita, lo que tenía severamente prohibido Milady á todos los criados de la casa.

—¿Hace mucho que salió el señor?—preguntó derrepente Milady á la negra, abriendo un poco sus ojos, adormecidos por la pereza.

—Sí, mi ama,—respondió Francisca con su peculiar acento americano.

—¿Ha dicho si volvería pronto?

—Fanny no lo sabe.

Si otra vez vuelves á nombrarte de ese modo, haré que te castiguen,—dijo Milady muy enojada.

—Perdón, mi ama,—observó la negrita,—como la señorita se llama Francisca y todos le dan el nombre de Fanny, creí que yo también...

—Francisca, eres muy terca,—interrumpió la misma Fanny.—¿Por qué eres así?

La negrita nada contestó.

—Todas tus faltas proceden de malicia,—continuó la joven,—porque obras mal á sabiendas. ¿Te gusta acaso que te impongan un castigo?

—¡Ay, no!—esclamó Francisca, entre burlesca y asustada,—no me gusta...

En esto oyeron pasos y poco después entró lord G...en la sala donde se hallaban su esposa y sus hijas

Era lord G...un anciano alto y delgado, con cabellos blancos y figura noble, que respiraba benevolencia,

—¿Qué hay?—preguntó Milady y corriendo hacia él.

—Nada, querida mía,—respondió lord G...los colonos son los primeros en proteger á esos infames piratas, que los proveen de gente para las faenas del campo.

—¡Pero si ese pobre joven es español!—observó Fanny con sentimiento.

—Tanta mas riqueza para el corsario hija mía,—repuso su padre,—porque sabe que su familia pagará por él el rescate que pida.

—¡Ay, Dios mío! ¡Pero si su familia ha quedado pobre, según él dice en su carta!

—Yo pagaré su rescate y lo pagaré ahora mismo,—dijo el gobernador;—quiero que mi amigo Simón vea que tengo deseos de complacerle; además, me he avistado con el jefe de la casa Will y compañía, donde la familia de ese

joven tiene sus créditos y afortunadamente no hay tales amagos de quiebra.

—¿Será posible?

—He recibido garantías de ello.

En aquel momento apareció un criado en el umbral de la puerta.

—Señor,—dijo,—ahí fuera hay un caballero español que desea ver á su merced.

Salió el gobernador y un instante después entró apoyado familiar y cariñosamente en el brazo de un joven, alto simpático, aunque flaco y descolorido.

Era Carlos Andrade.

¡Ah, caballero!—exclamó Milady tendiéndole su blanca y hermosa mano,—¡cuanto hemos temido por usted!

—Por fortuna, señora, estoy salvo,—contestó Carlos inclinándose con gratitud,

—¿Y por que milagro caballero?

—Mi familia ha remitido al corsario la suma que exigía por mi rescate.

—¡Ah! ¡Cuánto habrá sufrido su padre de usted para reunirla y después que angustia le habrá hecho pasar la duda de si llegaría á tiempo!

—Toda la noble ciudad que ha sido mi cuna ha contribuido á mi rescate,—dijo Carlos, á cuyos ojos acudieron lágrimas de reconocimiento,—mi padre me dice en su carta que se colocaron bandejas en los sitios más públicos y en la puerta misma de mi casa, y que se obtuvo mi rescate de la pública caridad.

—Yo hubiera querido ser el único que de-

volviera á usted la libertad, — observó el Gobernador;— hasta hoy no he recido su carta de usted adjunta á la de mi querido amigo David; por cierto que viene firmada con su nombre de incógnito, ó, mejor dicho, con el que usaba para encubrir todas sus buenas acciones.

—¡Ay, Dios mío! ¡El desgraciado anciano vive oprimido bajo el peso de la más horrible miseria!—dijo Carlos, cuyo pensamiento volvió á Lidia.

—¡Será posible!

—Sí, caballero; durante mucho tiempo ha estado ejerciendo en el patio de mi casa el humilde oficio de zapatero.

—¡Ah; pobre, pobre David!—exclamó el gobernador:—¡él tan aristócrata, tan delicado!

—Toda su delicadeza ha sobrevivido á su miseria y su desgracia, milord, y á él debo, según mi padre me escribe, la mayor suma de mi rescate; aquí puede usted verlo.

Y Carlos presentó una carta al gobernador, escrita por su padre que decía así:

El anciano Benito, hijo mío, ó más bien Simón David, antiguo capitán de la marina mercante, es el verdadero autor de tu libertad, tu salvador y mío, porque yo hubiera muerto sin la esperanza de volverte á ver.

¡Sólo la religión puede dar las santas cualidades de que está adornado ese hombre sin ejemplo. ¡Sólo esa sacrosanta religión, que yo no he sabido

ni apreciado en su justo valor hasta los helados días de mi vejez!

David y Carolina son los únicos que me han consolado en las horas de amargura que he atravesado; porque el infame á quien había encargado la caja ha huído llevándose los restos de nuestra fortuna.

Tu madre y Sofía, afectadas tanto como pueden estar con tan repetidas desgracias, apenas salen de su habitación demostrando muy poco interés por verme y consolarme.

Pero todo es ya nada para mí, supuesto que tú volverás ya libre á mi lado, El robo cometido por el cajero, que era por cierto de poca cantidad, ha salvado el crédito de nuestra casa, y los más opulentos capitalistas de Europa se han apresurado á ofrecerme fondos para continuar nuestras operaciones mercantiles.

Ven, pues, hijo mío, lo antes posible; hasta tu vuelta estoy rodeado de Simón de su hija y de su nieta, que no me abandonan un instante. Ursula es una santa; es el tipo de la mujer buena y apacible, con un entendimiento tan excelente como su alma.

Su hija es un ángel de belleza, de dulzura y de bondad: la pobre niña tenía pasión por una maceta de jacintos que le había regalado su abuelo. Pues bien, el día que se imploró tu rescate de caridad de nuestros hermanos, ella la imploró también en la puerta de Santa María del Mar, y antes de salir se arrodilló delante de una imagen del Crucificado ofreciendo sus queridas flores, única cosa de que la pobre niña podía disponer, si le da-

ba buen éxito en su piadosa empresa.

Aquella misma tarde los jacintos, cortados, formando un ramo, los puso á los pies del Salvador del mundo.

¡Oh, hijo mío, Estas excelentes criaturas han redimido tu cuerpo de la esclavitud, mi alma del error y de la culpa.

La carta concluía con mil protestas de apasionado afecto, y luego añadía en posdata:

Abro esta carta para participarte que me ha pedido la mano de Sofía un rico negociante francés, y que la boda se celebrará así que tú vengas, pues ella acepta gustosa este casamiento.

—Después de leer esta carta, creo milord, que me comprenderéis á poco que os exprese mi afán de marcharme al instante,—dijo Carlos;—mi familia me espera, y, no bien termine mis asuntos aquí, saldré para España.

—Hoy mismo puede quedar todo concluido querido amigo,—observó el gobernador:—vamos á la casa de Will y compañía, donde habrá muy pocas dificultades que vencer.

En efecto; la casa de Will dió garantías del excelente estado de sus fondos y entregó á Carlos una crecida suma que debia remitir á su padre por uno de los buques próximos á salir del puerto.

El joven Andrade, al separarse de lord G... buscó uno de los joyeros más afamados de la ciudad, y entró en su tienda

—¿En que puedo servir á usted caballero? —le preguntó la artista.

—Deseo deber á la habilidad de usted, una alhaja de gran precio,—contestó el joven.

—¿De que clase?

—Es una joya extraña la que voy á encargarle.

—No importa; dígame usted lo que sea, en la seguridad que puedo complacerle.

—Quiero que me haga V una corona nupcial de jacintos.

—Eso es muy fácil, pero ascenderá á un precio exorbitante.

—No importa.

—Los jacintos se formarán de los más hermosos topacios, alternados con brillantes, y el engaste será de oro.

—Precisamente, pero advierto á usted que necesito esa corona á la mayor brevedad.

Caballero, es obra de un mes de asiduo trabajo,—respondió el joyero; pero á la terminación de ese plazo será entregada en el sitio y á la persona que usted se sirva designarme.

—Cuento con la promesa de usted, y le ruego que entregue la corona en la casa de los señores Will y compañía, donde será satisfecho instante el precio que exija usted por su trabajo.

Carlos volvió á la casa del gobernador, despidió de su familia después de cena, y amanecer del siguiente día partió á bordo de de-

un buque francés que debía tocar Marsella, para desde allí trasladarse á Barcelona.

XI.

Era un hermoso día de invierno cuando la familia de Andrade esperaba á Carlos en el animado muelle de la ciudad condal.

Las once de la mañana daban en reloj de la catedral cuando el cañón del puerto anunció la entrada en él de dos buques españoles.

A bordo de uno de ellos venía Carlos, de pie, sobre cubierta, y saludando con lágrimas en los ojos á las personas que le amaban y de las cuales era tan esperado.

Cuando he hablado de la familia de Andrade, no me refería á doña Dámasa ni á su hija mayor.

En De estas, la primera se había quedado sen-
excelent. á la chimenea y haciéndose la cuenta de
los una cara nada necesitaba pasar frío, teniendo
padre por forzosamente que llegar á casa.
del puerto. tanto á Sofia, se hallaba en sabrosa con-
con su novio y se había echado tam-

bien la misma cuenta que su impasible madre. Así, pues, la familia que esperaba á Carlos se componía sólo de su padre y de su hermana menor; es verdad que el cariño que estos dos le tenían valía por el que le negaban su madre y su hermana mayor.

Acompañaban á don Agustín y á Carolina, David, Ursula, Lidia, y los dos antiguos servidores don Simón y doña Pelagia, que no cesaban de disputar según su rancia costumbre.

—¡Ah, qué delgado viene nuestro querido cautivo!—exclamó doña Pelagia apenas pudo distinguirlo.

—Éstá usted equivocada,—respondió don Simón con gravedad;—el señorito viene grueso.

—Sí, como usted.

—¿Quería usted que llegase hecho una nutria como usted lo está?

—¡Don Simón, no empecemos!—dijo el ama de gobierno, cuyas mejillas se pusieron como una escalarta.

—¿No dice usted que estoy flaco?

—Ciertamente.

—Pues yo digo también que está usted reventando de gorda.

—Es que digo la verdad.

—Y yo digo mentira.

—¿Qué hombre tan grocero! ¡Siempre la suya ha de ser la última!—murmuró la iracible señora.

—¡Qué mujer tan incivil! ¡Jamás ha de de-